

Peter Burke, *El sentido del pasado en el Renacimiento*. Madrid: Akal, 2016, 176 pp.

Ediciones Akal ha tenido la oportuna iniciativa de traducir el tratado de Peter Burke sobre la historiografía del Renacimiento. El libro fue originariamente publicado en 1969, y desde entonces se ha convertido en un clásico de la historia de la historiografía. Después de casi medio siglo, algunos aspectos de detalle han sido superados por posteriores estudios sobre la historiografía de la primera Europa moderna pero, en líneas generales, sigue vigente en muchos aspectos, sobre todo los que hacen referencia al tratamiento de los conceptos vinculados al nacimiento de la historiografía erudita y anticuaría del Renacimiento. Por las circunstancias especiales que rodean la publicación de este libro, que apareció hace ya tantos años, en esta reseña voy a centrarme en algunos aspectos teóricos e historiográficos que surgen de una relectura de este clásico más que realizar un examen de su contenido o una crítica de su valía. Ésta se da por supuesta, al haber superado la criba más difícil por la que debe pasar toda historiografía: el paso del tiempo.

El autor ha contado que este trabajo surgió de sus inquietudes cuando era estudiante de grado en Oxford. Por aquel entonces, un pequeño grupo de estudiantes abogaban por una reforma de cómo la historia debería ser enseñada. Consideraron que un buen modo de darle la vuelta a las cosas era fomentar los estudios historiográficos. Por aquel entonces, la historiografía era considerada una disciplina sin ningún interés para la historia, al no estar fundada, supuestamente, en fuentes primarias. Es curioso porque, después de tanto tiempo, este equívoco sigue implantado en la actualidad en determinados ambientes. Algunos siguen considerando la historiografía como una historia “de segunda categoría”, que incluso debe tener menos valor a la hora de “meritar” a los académicos. Quizás no se dan cuenta de que, con ese planteamiento, y aparte de muchas otras consideraciones, invalidan completamente el entero campo de la historia intelectual, que debería quedar también fuera de lo que se considera convencional y válido como historia supuestamente ortodoxa –¿o quizás hay que decir hecha al capricho de algunos burócratas de la disciplina?–.

Es interesante constatar que ese mismo movimiento de instaurar la historiografía como campo de reflexión disciplinar se estaba operando también en Norteamérica, en la que historiadores como Hayden White, Georg G. Iggers, Gabrielle M. Spiegel o Natalie Z. Davis se unieron también a esa empresa. Además, este espíritu se contagió entre los teóricos franceses como Paul Ricoeur o Michel de Certeau, cuyo estudio sobre la escritura de la historia estaba basado precisamente en la pregunta “¿desde dónde se escribe la historia?”.

Al otro lado del Atlántico, Peter Burke y algunos de sus colegas pensaron que uno de los modos más eficaces para ir avanzando en sus propósitos era introducir la preparación de un *paper* en historiografía en la formación de los graduados. Así se fomentaría una mayor conciencia de los historiadores de su propia posición en el tiempo, especialmente en relación con los períodos historiográficos del pasado. Esto posibilitaría el desarrollo de una escritura de la historia consciente de la tradición

recibida, a la que debía conocer y respetar, pero al mismo tiempo dotando a los nuevos estudiantes con las oportunas herramientas teóricas y epistemológicas para la necesaria renovación de la disciplina. Justo esta idea estaba siendo expuesta por los teóricos de la ciencia por aquellos años, como el magistral artículo de Thomas S. Kuhn, publicado originariamente diez años antes del libro de Peter Burke, puso de manifiesto.¹

Tal como cuenta él mismo en el oportuno prólogo a la edición española, Peter Burke consiguió desde el principio el necesario apoyo de su influyente mentor, Hugh Trevor-Roper, para realizar una tesis doctoral sobre el *heterodoxo* tema de la historia de la historiografía. En realidad, su interés por la historiografía se consolidó por un equívoco o una dificultad aparentemente insalvable, como tantas ocasiones sucede en el curso de una investigación. Burke había planificado empezar su tesis doctoral sobre el generalato de Claudio Acquaviva, un auténtico *turning point* en la historia de los jesuitas. Para esto precisaba adentrarse en archivos de la Compañía en Roma. Para acceder a ellos precisaba de un permiso especial, para lo que acudió a un jesuita amigo, que a su vez le dirigió a Miquel Batllori. Éste preguntó al archivista, quien le respondió que no se admitían en el archivo a investigadores que estuvieran todavía realizando el doctorado.

Burke necesitaba otro tema para su doctorado, y entonces resurgió en él la inquietud que había tenido como estudiante de la carrera. Decidió entonces regresar a la historiografía y le planteó a su supervisor un ambicioso tema que, con el paso del tiempo, al propio Burke le sigue pareciendo hoy día “absurdo”: “New Trends in Historical Writing in Europe, 1500-1700”. Burke pretendía analizar la obra de un grupo de historiadores de la Europa moderna a los que calificaba de “pragmáticos”: Paolo Sarpi, Jacques-Auguste de Thou, William Camden, Enrico Caterina Davila y Famiano Strada. Justo cuando empezaba a analizar al primero de ellos, Sarpi, recibió una oferta de trasladarse como profesor a la Universidad de Sussex. Su primer curso allí fue precisamente una introducción a la época del Renacimiento basada en buena medida en la clásica obra de Burckhardt. Ahí es donde se dio cuenta de una de algunas de las ideas claves que desarrolla en el libro que ahora se reedita: la historia del sentido y la experiencia de la distancia histórica y de su opuesto, así como el sentido de la proximidad histórica y el aumento progresivo del anacronismo que se manifiesta tanto en las imágenes (nunca mejor reflejado en la obra del pintor y arqueólogo Andrea de la Mantegna) como en los textos propiamente históricos de los cronistas de la época.

Con este bagaje, inició su investigación en la que pretendía renovar el mismo campo de la historia de la historiografía, que –como tantos otros campos cultivados por los historiadores por aquellos años– se reducía por aquel entonces a una enumeración de los historiadores más representativos, de Herodoto al presente. A él, en cambio, le interesaba más la historia de los propios conceptos historiográficos como el de la relación entre historia anticuaria e historia narrativa; la de las tendencias historiográficas generales junto a la de las figuras individuales; y la de la audiencia junto a la de los autores, es decir, la circulación de la información histórica a la par de su producción. El

¹ “The Essential Tension: Tradition and Innovation in Scientific Research”, en *The Third University of Utah Research Conference on the Identification of Scientific Talen* (Salt Lake City: University of Utah Press, 1959), 162-74.

título de la obra se lo sugirió la historiadora británica Veronica Wedgwood, célebre por aquel entonces, quien había dictado una conferencia en 1957 sobre “el sentido del pasado” en algunos historiadores románticos como Walter Scott. Ellos habían dotado de una notable profundidad y amplitud a sus investigaciones históricas, gracias precisamente a su sentido de espacio y tiempo. Wedgwood se había inspirado a su vez en el relato que Henry James había publicado en 1917 con el mismo título. Una vez más, literatura e historiografía se retroalimentaban mutuamente.

Desde una perspectiva estrictamente temática, Burke dirigió su mirada hacia los historiadores del arte del círculo de Aby Warburg, como Fritz Saxl y Erwin Panofsky, quienes habían percibido una transformación en el modo de concebir el pasado durante el Renacimiento. Historiadores de la literatura como Erich Auerbach lo había percibido también desde su perspectiva disciplinar. Todos estos autores eran de procedencia alemana, lo que les entroncaba genealógicamente con el historicismo clásico decimonónico. Este bagaje confirma también que todo estudio historiográfico debe estar basado en un acercamiento pluridisciplinar, si no quiere verse reducido a un mero catálogo de autores y obras representativas.

Burke se plantea en el libro algunas cuestiones esenciales para cualquier época, y que todavía tienen un interés y una vigencia llamativa, tanto histórica como historiográficamente. En su ensayo sobre el sentido del pasado en el Renacimiento y en el interesante tratado sobre *El sentido del anacronismo* que se presenta como anexo en el mismo volumen, Burke afronta temas tan relevantes como la “cultura histórica”, el sentido de la “perspectiva histórica” y de la “distancia histórica”, la percepción del “cambio histórico”, las vinculaciones entre “historia y sociedad”, la “explicación histórica”, la percepción de “ciclos históricos”, la indagación histórica por las “causas”, la “crítica documental”, la “conciencia de la necesidad de contrastación” y las oscilaciones entre una “historia anticuararia y una historia narrativa”, entre “*anticuarismo*” y “*narrativismo*”. La elección de un arco cronológico de larga duración para el Renacimiento (1350-1650) le permite trazar evoluciones internas dentro de cada uno de esos aspectos historiográficos. El método utilizado por Burke para analizar todos estos temas es el que ha desarrollado posteriormente en todas sus obras: un equilibrio bien proporcionado entre ideas y ejemplos, entre las teorías expuestas y las citas textuales de los autores que las ilustran.

La obra de Peter Burke sobre el sentido del pasado del Renacimiento, junto a los estudios parciales de Georges Huppert y Donald Kelley sobre el mismo tema, tuvieron como consecuencia la apertura de una línea de investigación sobre las actitudes hacia el pasado en diversas épocas. En esta línea se adentraron historiadores ilustres como Bernard Guénéé y Keith Thomas. Hoy día, la especialidad de la historia de la historiografía parece estar ya plenamente integrada en los estudios históricos, y ha dado frutos tan sabrosos como los estudios de Arnaldo Momigliano en la historiografía clásica, Gabrielle M. Spiegel en la historiografía medieval, Anthony Grafton y John Burrow en la historiografía moderna, Hayden White, Georg G. Iggers y François Dosse en la historiografía contemporánea, y Alan Munslow y Ernst Breisach en la historiografía postmoderna. Esto acrecienta el valor de aquellos autores que, como Peter Burke, fueron pioneros en el establecimiento de una metodología y de unas

aproximaciones que son tan fecundas para el mismo avance de la disciplina y para el desentrañamiento de sus principales debates teóricos.

Finalmente, me gustaría reseñar que la obra que ahora se reedita marcó de algún modo toda la carrera de Peter Burke, que pasa por ser uno de los historiadores más influyentes por lo menos de estos últimos cuarenta años. Su producción se ha caracterizado precisamente por compaginar la obra propiamente histórica (*La fabricación de Luis XIV; Hablar y callar; La cultura popular en la Europa moderna; Historia social del conocimiento; De Gutenberg a Internet*) con la específicamente historiográfica (*Historia y teoría social; Sociología e historia; Qué es la historia cultural; Formas de historia cultural; Comprender el pasado*). Ha sido capaz de cultivar los más diferentes campos de modo extraordinariamente fructífero, fecundo e inspirador para jóvenes historiadores. Nunca ha dejado de buscar nuevos caminos para la historiografía. No parece una casualidad que toda esa fructífera carrera esté fundamentada en una investigación sobre historia de la historiografía, lo que dotó a Burke de una enorme solidez heurística junto a una notable perspicacia teórica. Por esto a mí me sigue ruborizando cuando hay veo algunos historiadores que todavía recelan de la oportunidad de una formación teórica y epistemológica de los futuros historiadores que, por lo menos, debería ser equiparable a la propiamente heurística. Quizás Burke pensó en esos que todavía recelaban del valor de la historiografía cuando escribió la penúltima frase del tratado que ahora se ha reeditado oportunamente: “La historia de cómo se escribe la historia también forma parte de la historia” (pág. 170). Esa oportuna advertencia fue publicada hace casi medio siglo pero, desgraciadamente, algunos siguen sin enterarse.

Jaume Aurell
Universidad de Navarra
saurell@unav.es

Fecha de recepción: 2 de diciembre de 2017.

Fecha de aceptación: 7 de diciembre de 2017.

Publicación: 31 de diciembre de 2017.